

EDITORIAL

CELESTINO GOROSTIZA

EN LA PRIMERA CUARTA PARTE DEL SIGLO XX, AL CALMARSE LOS RELÁMPAGOS DE LA Revolución, apareció un “grupo sin grupo”, reunión de amigos por afinidades, gustos y cultura.

Jaime Torres Bodet, mayor de todos y funcionario cultural desde joven, fue importante para abrir puertas al talento de los demás. Jorge Cuesta y Gilberto Owen, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, Bernardo Ortiz de Montellano, y los hermanos tan disímiles: José Gorostiza, el inmenso poeta de *Muerte sin fin*, y su hermano Celestino, dramaturgo.

Fundadores de la revista *Contemporáneos*, que les otorgó su nombre a ellos, crearon también el Teatro de Ulises, con la legendaria mecenas Antonieta Rivas Mercado¹.

Tan amantes todos del teatro, sólo dos se dedican con arrojo y constancia a producir obras: Xavier y Celestino.

Este va a tener una carrera ininterrumpida de escritor dramático, e irá evolucionando de obras más bien expresionistas y elegantemente abstraídas de la realidad humana menos inmediata, a un estilo de realismo más evidente, de preocupación por el carácter mexicano, *La escuela del amor*, *Ser o no ser*, *El color de nuestra piel*, *Columna social*, son algunos de sus títulos.

Pero también escribió cine, con algunos guiones clásicos, recuérdese el extraordinario de *Las mujeres de mi general*, uno de los más brillantes papeles que hiciera Pedro Infante. También fue director y realizó ¡con Lupe Vélez! una memorable *Naná*.

En vidas como la de Salvador Novo y la de Celestino Gorostiza sorprende la manera en que sabían administrar tiempo y talento: escribían su obra propia, obras para la industria cinematográfica. Dirigían películas. Eran maestros y funcionarios.

Como hombre activo del teatro se ha hablado menos de este Gorostiza, por el peso de su obra autoral. Pero asombran su visión y su capacidad de acometer empresas que son puente al futuro.

Funda el teatro de *Orientación* con Educación Pública, logra temporadas memorables en que se dan a conocer autores que hacían falta en el repertorio del país, y también obras nacionales. Funda *Teatro de México*, que ofrece temporadas anuales impresionantes en la década de los 40s. Fundador de la escuela del Sindicato

Nacional de Actores, muy modestamente presupuestada por su sindicato (léase indigentemente), él logra sin embargo hacer temporadas anuales con egresados que se volverán estrellas, en un precioso local que existía bajo el cine Roble. (Cine y teatro borrados en turno por sendos terremotos).

Como director de las actividades teatrales de Bellas Artes (que primero fue Departamento y ya después Instituto) inventó un gran espectáculo para llevar a Nueva York, a la gran Feria Mundial: *¡Upa y apa!* en que colaboraron todos los grandes talentos del momento. Fundó la primera compañía nacional de teatro, que se llamó, muy a la francesa, *La Comedia Mexicana*.

Inventó, el primero en este continente, los Festivales de Teatro Latinoamericano: años antes de Manizales o Caracas. Reunió compañías y repertorio que iban de Argentina al Caribe. Muy memorable experiencia y primera vez que se encontraban e interrelacionaban nuestros teatros.

Especialmente útiles y visionarios fueron los Concursos Nacionales que creó: en una red que cubría la República, se movían todos los grupos que quisieran participar, estudiantiles, aficionados y semi profesionales. Había premios y fue especialmente importante el de obra: autores como Luisa Josefina Hernández, Sergio Magaña, Federico Inclán y Rafael Bernal, entre muchos otros, se dieron a conocer en estos eventos.

El estado cuyo grupo ganaba, se volvía sede para el siguiente año, y allí todos los teatristas; era una fiesta magna y aquello tenía un tinte tan apasionado como el fútbol: el teatro estaba en la pasión nacional todo el tiempo del concurso.

Interrelacionar la República era crear un teatro de veras nacional y no capitulino del D.F.; era abrir puertas a autores y revelar talentos de directores y actores, cuyas carreras se integrarían a los medios privilegiados: cine, televisión y teatro profesional. Mientras duraron, estos concursos fueron fuente de libertad de expresión, explosión de talentos, vínculos de conocimiento y amor para todo el teatro nacional.

Cierto, el funcionario siguiente empezó a crear censura, elitismo y silencio hasta que logró desaparecerlos prácticamente. La huella queda.

Habría que hacer largos párrafos para Celestino Gorostiza maestro de actores, Celestino director de escena, Celestino protector y amigo de los autores jóvenes y eficaz empresario y difusor de sus obras. Todo esto es pertinente aquí porque *Tramoya* ha sido favorecida con tres textos que nos otorgó la señora Paloma Gorostiza Otero, hija y heredera del maestro. Nuestra enorme gratitud, considerando que uno de ellos era aún un manuscrito.

Que todo esto sea acicate a la memoria nacional y al sitio de honor que en ella corresponde a este *Contemporáneo*.

(1) Antonieta Rivas Mercado: *Ochenta y siete cartas de amor y otros papeles*. Colección Biblioteca. Primera edición. 1984. U.V.